

ANTHROPOLOGICA No. 9 - DICIEMBRE 1991

EL QUINTO CENTENARIO:
UNA REFLEXION DESDE IBEROAMERICA PARA ESPAÑA

Manuel M. Marzal

En septiembre de 1990 obtuve en la Pontificia Universidad Católica del Perú un semestre de investigación sobre "La Crónica jesuítica de la América colonial", que me obligó a pasar varios meses en España. Con tal ocasión fui invitado a hablar sobre el inminente V Centenario en varias universidades y centros españoles. Hablé en la Facultad de Sociología y Ciencia Política de la Universidad Complutense de Madrid, en el Instituto de Pastoral de la Universidad Pontificia de Salamanca, en la Facultad de Letras de la Universidad de Extremadura, en la Fundación Xavier Salas de Trujillo, en la Casa Colombina de Huelva y en la Casa España de la ciudad francesa de Toulouse. En todos esos sitios dije a mis oyentes que iba a hacer una reflexión sobre el V Centenario *desde* Iberoamérica *para* España. Estas páginas son un apretado resumen de las ideas allí expuestas, que ofrezco a la revista *Anthropologica* como un aporte más a la reflexión sobre este debatido tema.

El mundo se prepara para el V Centenario del descubrimiento español del Nuevo Mundo. Es sabido que tal centenario, la interpretación del hecho que conmemora y las expresiones rituales para conmemorarlo, se han convertido en centro de polémica. Aun los que piensan que tal centenario debe recordarse, discuten con pasión el modo de designarlo. Esta discusión depende, naturalmente, del juicio global que se haga de lo que ocurrió en América a partir de aquel 12 de octubre de 1492, cuando Cristóbal Colón pisó por vez primera la tierra americana y tomó posesión de la misma en nombre de España. Sin pretender ser exhaustivo, pienso que se puede hablar de cuatro posturas, basadas en cuatro interpretaciones sobre el descubrimiento y la conquista, que llevan a cuatro maneras diferentes de conmemorarlos.

1. Cuatro interpretaciones y cuatro rituales

1) La primera postura está representada por quienes hablan de un *descubrimiento civilizatorio*. Para ellos, el mundo era el viejo mundo y el continente que apareció ante las tres carabelas de Colón, al que

se le denominó Indias por creerlo el otro extremo del viejo mundo, estaba poblado por seres primitivos a los que había que civilizar y por paganos a los que había que evangelizar. Por eso, los defensores de tal interpretación juzgan que el V Centenario debe recordarse con *ritos celebratorios* con el mismo entusiasmo y optimismo con que debió celebrarse el IV Centenario, cuando casi todos los países iberoamericanos se habían independizado.

Sin quitar ningún mérito subjetivo a la visión y audacia de Colón y de sus compañeros de viaje en tan frágiles carabelas, ni a los Reyes Católicos que no dudaron en apoyar la empresa, creo que esta postura olvida con gran facilidad el enorme costo de explotación y etnocidio de dicho proceso civilizatorio, denunciado tan tempranamente por Las Casas y los discípulos de la Escuela de Salamanca. Y olvida también que hoy, a raíz de los millones de muertos de las guerras del siglo XX y del fracaso de ciertos procesos civilizatorios de Europa, impuestos también con gran costo de vidas humanas y con detrimento de ciertas dimensiones profundas de la condición humana, no se piensa de la civilización lo mismo que pensaban los hombres del siglo XIX. Estos, fieles hijos de la Ilustración, hablan de la historia, que estaba por fin en manos de los hombres, como de un proceso unilineal que había superado las etapas del salvajismo y de la barbarie, para ingresar a la meta de la civilización. Hoy se tiene una visión más multilineal del desarrollo de la historia y más crítica sobre lo que es verdadera civilización.

2) La segunda postura está representada por quienes hablan de un *des-encuentro de mundos*. Y en esa postura, unos, más o menos apoyados en la teoría psicoanalítica, hablan de un desencuentro *fundante*, producto del trauma inicial de la conquista, que debió afectar a los indios, al ser brutalmente conquistados por aquellos españoles recién llegados, sobre todo por el carácter casi divino que a éstos atribuían viejas profecías indígenas. Un ejemplo del origen de dicho trauma puede verse en la crónica de Cieza de León sobre el encuentro entre Atahualpa y Pizarro en Cajamarca. Durante el encuentro Fray Vicente Valverde anuncia el evangelio, presentando al inca no una biblia, sino su breviario; Atahualpa, al no comprender el gesto, se limita a arrojar el libro al suelo, actitud que es mal interpretada por el dominico, que se dirige a Pizarro para que arremetan contra el inca. Este trauma inicial sería parte del inconsciente colectivo del pueblo y explicaría cierta inseguridad básica que parece afectar al mundo popular andino. Pero hay otros que hablan de

un desencuentro *permanente*, debido a la larga explotación de los indios en los servicios personales, sobre todo en la mita minera, palanca de la economía colonial, y en los repartos mercantiles. Ambos desencuentros, el fundante y el permanente, son sin duda aplicables a la población negra, sometida a una dura esclavitud, cuya supresión llegó mucho más tarde que la independencia de los respectivos países.

Sin embargo, los que tienen esta postura parecen olvidar que difícilmente tuvieron ese trauma de la conquista los pueblos indígenas que, sintiéndose oprimidos por aztecas e incas, como los tlaxcaltecas en México y los huancas en el Perú, colaboraron con Cortés y Pizarro contra el enemigo común y lograron ciertas ventajas en la sociedad colonial. Y olvidan también que, a pesar de los desencuentros religiosos iniciales, la mayoría de los indios aceptó el cristianismo, aun conservando ciertas formas sincréticas de sus tradiciones religiosas. Para los que tienen esta postura sobre el V Centenario, en éste no hay nada que recordar, ni celebrar. A lo sumo piensan en alguna forma de reconciliación condenando el pasado en algún *rito penitencial*. En esta línea hasta se ha insinuado gestos como el de que algún representante del gobierno español pida públicamente perdón a los indios en el cerro de Potosí, escenario de la terrible mita minera.

Tal postura de condena del pasado, que se está convirtiendo en punto obligado de la agenda en las reuniones que tienen en América y en Europa, los historiadores, los antropólogos y aun los teólogos, me resulta, a pesar de su valor de catarsis ritual colectiva, poco procedente. No sólo por cierta prescripción que parece imponerse con el paso del tiempo, sino porque, ante la explotación colonial, el creciente mestizaje hace difícil señalar la raya entre la América indígena "explotada" y la España "explotadora". Dicha postura me resulta, además, estéril, con sabor al "bautismo por los muertos" que practican los mormones, cuya base bíblica niegan todas las Iglesias cristianas. Yo creo que hay que dejar que los muertos entierren a los muertos y que, en vísperas del V Centenario, mucho más fecundo que condenar el pasado colonial es exigir que las relaciones económicas y políticas del presente sean más justas. No sólo en nombre de la equidad ante un mundo que Dios ha hecho para todos, sino en nombre de nuestra cultura común y de todo el camino que hemos recorrido juntos. En la segunda parte del artículo retomaré de modo más amplio este punto.

3) La tercera postura está representada por quienes hablan de *genocidio* y *etnocidio*. Es cierto que la conquista ibérica trajo consigo la

muerte de millones de indígenas a causa de las guerras, la explotación colonial, la destrucción de los ecosistemas y, sobre todo, de las grandes epidemias, resultado de la llegada de gérmenes patógenos ante los que los indios no tenían defensa. Y también es cierto que el etnocentrismo europeo destruyó muchas culturas en nombre de su proceso civilizatorio, olvidando grandes realizaciones culturales de las altas culturas, como México-Tenochtitlán o el Tawantinsuyu. La misma Iglesia, depositaria del mensaje de salvación de Jesús para todos los pueblos, a pesar de sus esfuerzos de adaptación misionera, no supo, debido a los condicionamientos teológicos y pastorales de la época, hacer una verdadera inculturación del evangelio en los pueblos indígenas y destruyó muchos valores religiosos autóctonos.

Por todo esto, quienes sostienen esta postura creen que ante el V Centenario hay que hacer una contra-celebración expresada en *ritos contestatarios*. En un reciente congreso de los pueblos indígenas en Suecia, al tomar la palabra Luis Yañez, presidente del Instituto de Cooperación Internacional de España, para hablar de la posición española en la empresa americana, muchos abandonaron la sala en señal de protesta. No me extrañaría que en los próximos meses seamos testigos de ocupaciones simbólicas de embajadas y consulados de España en los países de sus antiguas colonias. Tal postura la tienen, sobre todo, ciertas organizaciones indígenas, que han surgido en gran número, a raíz del relativo fracaso del indigenismo promovido por los Estados nacionales de América después del 1er. Congreso Indigenista de Páztcuaro en 1940, y que disponen de buenos fondos internacionales para organizar sus periódicos encuentros.

Sin duda, tales organizaciones tienen el mérito de agrupar a las etnias y hacer que los gobiernos del continente y la opinión pública mundial tomen conciencia de los nuevos genocidios y etnocidios que los pueblos autóctonos enfrentan ante nuevos conquistadores que llegan a sus territorios. Pero dichas organizaciones, que agrupan sobre todo a las etnias de la hoya amazónica y de las reservas indias norteamericanas y que representan a sólo una parte de la población que, por su lengua o por su cultura, suele considerarse indígena, no pueden sentirse los únicos herederos legítimos de los indios que encontró Colón. Ni pueden oponerse a que la población mestiza mayoritaria, por cuyas venas corre también sangre india, o a que otros emigrantes, procedentes de todos los puntos cardinales del planeta, que emigraron al suelo americano, como dichas minorías lo hicieron también un día, quieran conmemo-

rar una fecha significativa para una tierra que sienten propia.

4) La cuarta postura está representada por quienes hablan de un *encuentro de mundos*. Para ellos, en América a partir de 1492 hubo sin duda distintas formas de desencuentro, explotación y etnocidio y las sigue habiendo entre la minoría de origen más "europeo", que en muchos países detenta el poder político y económico, y grandes sectores de origen más "indígena". Así sucede con las etnias marginales de la Amazonía o de las "reservas indias" de los Estados Unidos, con muchos campesinos que conservan su lengua indígena y otros rasgos de la cultura autóctona, original o recreada, en los países que fueron sede de las "altas culturas" andina o mesoamericana, y con los llamados "indios de la ciudad", que mantienen rasgos de su cultura indígena en el mundo urbano al que tuvieron que emigrar. Sin embargo, a pesar de esta persistencia indígena, el principal resultado del *encuentro de mundos* fue la formación de una población mestiza, racial y culturalmente hablando, que es hoy mayoritaria en el continente iberoamericano y que lo hace a éste diferente con relación a otras partes del mundo que fueron colonizadas por países europeos no ibéricos.

Quizás la mejor expresión de esta postura sea la inscripción grabada en la Plaza de las Tres Culturas de la ciudad de México, donde se levantan una pirámide azteca, un templo católico de los primeros franciscanos y la moderna sede de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Dicha inscripción es: "13 de agosto de 1521. Heroicamente defendida por Cuauhtemoc, cayó Tenochtitlán en poder de Hernán Cortés. No fue triunfo, ni derrota, fue el nacimiento doloroso de un pueblo mestizo, que es el México de hoy". Pero tal nacimiento del pueblo mestizo y todo lo ocurrido en América y en España a partir de 1492, puesto que si España logró "hispanizar" a América, ésta también "americanizó" a España, debe ser mejor conocido y analizado. Y la conmemoración del V Centenario debe traducirse en *ritos de mutuo re-conocimiento* (no en el sentido de agradecer, sino en el de volver a conocer o tomar conciencia del patrimonio común) y en *ritos de intercambio* en los distintos campos de la actividad social, económica y política entre pueblos soberanos, que, lleguen o no a formar algún día una comunidad de naciones, han quedado de algún modo unidos para siempre por la estela que dejaron las naves de Colón.

Es sabido que el mestizaje racial fue resultado, tanto de la importancia que el matrimonio ha tenido siempre para establecer alianzas entre los grupos humanos, como del relativo fracaso del proyecto político

oficial de "un reino con dos repúblicas", separadas y de algún modo autónomas, de españoles e indios, que caracterizó a la organización de las colonias hispánicas. El mestizaje cultural fue producto del mestizaje racial, de la permanente interacción, muchas veces conflictiva, entre ambos pueblos y del proceso evangelizador, que acabó transformando el mundo religioso de la mayoría de los indios y haciendo del catolicismo popular un ingrediente básico de la identidad iberoamericana.

Sin embargo, el mestizaje no debe tomarse como el gran mito de la unidad, que sirva para legitimar los grandes desniveles económicos y políticos entre los dos extremos del espectro racial iberoamericano, sino que deben tenerse en cuenta las complejas circunstancias en que se dio y se sigue dando. Es sabido que el Inca Garcilaso se autoproclamaba con orgullo *mestizo* : "A los hijos de español y de india o de indio y española - escribe-, nos llaman mestizos, por decir que somos mezclados de ambas naciones; fue impuesto por los primeros que tuvieron hijos en Indias, y por ser nombre impuesto por nuestros padres y por su significación, me lo llamo yo a boca llena y me honro con él". Sin embargo, el Inca siente la necesidad de añadir: "aunque en Indias, si a uno de ellos le dice: 'sois un mestizo' o 'es un mestizo', lo toman por menosprecio". Ya entonces se pasa del mestizaje como expresión de orgullo al mestizaje como expresión de insulto. Y no hay que olvidar que el mestizaje de Garcilaso unía a las dos élites de la conquista y que, debajo del mismo, pudo haber cierta forma de estrategia política. Pero, a lo largo de la colonia se dieron otros mestizajes más comunes. En primer lugar, el que se dio a raíz de primeros contactos entre indios y españoles, cuando hubo no pocos casos en que los indios ofrecían en matrimonio a los colonos recién llegados a sus propias hijas o hermanas como una manera de hacer alianzas estables con ellos. Es sabido que a los PP. José Anchieta y Manuel de Nobrega, al llegar al territorio de los *tamoyos* de Brasil, y a otros misioneros jesuitas se les ofreció jóvenes indias, que ellos naturalmente no aceptaron después de tratar de explicarles el sentido del celibato cristiano. En segundo lugar, hubo también mestizaje que era producto no del amor sino de la violencia sexual, como el que denuncia en su *Nueva crónica y buen gobierno* (¿1615?) el indio cronista peruano Guamán Poma, aunque él no lo denuncie tanto para hacer crítica social cuanto para expresar que ambos mundos eran irreconciliables. Y en tercer lugar, el número de matrimonios interétnicos debió aumentar, a pesar de la clasificación de "casta" que tenía cada persona en su partida de bautismo, a medida que la población fue más indiferenciada racialmente. Este mestizaje generalizado se expresa en el dicho popular peruano: "el que no tiene algo de *inga* (indio) lo tiene de *mandinga* (negro)".

En esta situación se cruza más fácilmente la barrera racial en el matrimonio, por la misma dificultad de conocer el mestizaje real de la pareja, aunque dicha barrera puede sobrevivir en la "raza social", es decir en la ubicación socio-económica de la pareja en una sociedad de clases.

Esta complejidad del mito del mestizaje es una dificultad para separar sus elementos positivos abiertos de sus elementos negativos encubiertos. Tal sucede con ciertas normas constitutivas del nuevo orden legal que dieron los libertadores a raíz de la independencia, como, por ejemplo, el "desde hoy en el Perú ya no habrá indios, ni españoles, sino sólo peruanos" de José de San Martín el 27 de agosto de 1821. Tal decreto era sin duda una copia de la ideología liberal vigente, una estrategia para superar el conflicto colonial de las "dos repúblicas" de españoles y de indios y una máscara para que los criollos siguieran usufructuando las ventajas del régimen colonial en la naciente patria, más que una asunción adulta de la doble raíz cultural, indígena e hispánica, que heredaba el nuevo pueblo soberano. Y después de casi dos siglos de independencia, muchos pueblos de la Iberoamérica de "todas las sangres", según feliz expresión de José María Arguedas, símbolo él mismo de un fecundo mestizaje, conservan sutiles formas de discriminación étnica, a pesar del barro común del patrimonio cultural mestizo para amasar su propia identidad.

2. *Encuentro de mundos y rituales de reconocimiento e intercambio*

Aunque cada una de las cuatro posturas expuestas tenga su propia lógica y no les falte su parte de verdad, la que más me convence personalmente, por explicar mejor un mayor número de hechos, y la que parece imponerse en un consenso mayoritario, es la última. La expresión "encuentro de mundos" ha acabado siendo aceptada por los gobiernos a ambos lados del Atlántico. Si es cierto que, para los iberoamericanos, en 1992 no hay nada que celebrar, como nunca debió haberlo en las guerras de conquista ni siquiera por los vencedores, sí hay que conmemorar el nacimiento del nuevo mundo. A diferencia de otros procesos coloniales que apenas dejaron huellas de su paso, el proceso colonial ibérico produjo un *mundo mestizo de todas las sangres*. Esta conmemoración debe hacer reflexionar a la Europa comunitaria de población blanca envejecida y decreciente, que se ha convertido en la "tierra prometida" de iberoamericanos, musulmanes y negros, muchos de los cuales se limitan a devolver cortésmente la visita de los europeos, y que no parece encontrar una forma adecuada para integrar los bloques tan heterogéneos de población que viven hoy dentro de sus fronteras.

Y debe hacer reflexionar, sobre todo, a los países ibéricos e iberoamericanos. A España y Portugal, integrados plenamente desde 1993 en la Europa comunitaria, porque no pueden olvidar su realidad de puente entre los dos mundos. A los países iberoamericanos, porque el nacimiento de pueblos mestizos necesita, con mayor razón que el de pueblos menos complejos, profundizar en las raíces de su pasado, para analizar mejor su presente y planificar mejor su futuro. Pero la reflexión debe hacerse también en el mundo iberoamericano como un todo. Es sabido que, con ocasión del V Centenario, ya están programadas dos cumbres de sus jefes de estado, en 1991 en México y en 1992 en España. Aquel gran foro y, sobre todo, las distintas reuniones técnicas y políticas que lo precedan o lo sigan pueden ser una gran oportunidad para el futuro del mundo iberoamericano, aunque a la hora de recordar nuestra deuda externa no se quiera contabilizar la plata de Potosí o Guanajuato. Yo ahora tengo unas pretensiones más modestas y, como escribo para público español, voy a señalar a modo de ejemplo ciertos *ritos de re-conocimiento e intercambio* de España con los países hispanoamericanos, que faciliten el encuentro de mundos que se conmemora:

1) *Encuentro de las personas*. El 10. de enero de 1993, al terminar el año conmemorativo del quinto centenario, la Europa comunitaria ingresa en la etapa definitiva de su unidad y se dispone a cerrar sus fronteras a la inmigración de América latina y aun a exigir visas de turismo a los ciudadanos de los países del continente, donde España, Portugal y otros países comunitarios encontraron siempre las puertas abiertas. No está de más recordar que cuando Vitoria pronunció en 1539 su célebre conferencia en la Universidad de Salamanca sobre los títulos de España para la conquista, a pesar de su conocida postura crítica con la mayoría de ellos, nunca negó el derecho de los españoles para el libre tránsito por América, derecho que ahora una Europa comunitaria sin memoria quiere negar a los iberoamericanos. Aunque los complejos problemas del narcotráfico y del desempleo en los países comunitarios exijan ciertas restricciones en la condición turística de los iberoamericanos que viajen a la Europa comunitaria, pienso que la exigencia de la visa no es necesaria para asegurar dichas restricciones, resulta odiosa y puede considerarse un insulto a la historia.

2) *Encuentro en la palabra escrita*. Es sabido que las altas culturas americanas no llegaron a tener escritura alfabética y que España enseñó a América la palabra escrita. Ella la hizo fructificar y pronto nacieron en suelo americano clásicos de la literatura castellana, como el Inca Garcilaso y Sor Juana Inés de la Cruz, por citar sólo un par de ejem-

plos. A partir de Rubén Darío las letras castellanas en América inician un papel protagónico y hoy es evidente para todos que los mejores novelistas en lengua castellana son iberoamericanos. Esta importancia de la palabra escrita en América, que se inició con el temprano establecimiento de la imprenta (México 1538 y Lima 1583), se consolidó con el amplio desarrollo editorial de muchos países del continente. Sin embargo, en los últimos años ha habido un retroceso y el quinto centenario encuentra a una España, que produce libros muy caros para el mercado interno de menos de 40 millones, y a Hispanoamérica, con su amplio mercado de cerca de 400 millones, que casi no compra libros en la península. Se trata de un problema complejo en un mundo dominado por la economía del mercado. Pero en el V Centenario se debe replantear el tema creativamente. Por ejemplo, con la edición multinacional del mismo libro en varios países para asegurar el bajo costo y la fácil difusión.

3) *Encuentro en la noticia.* Basta pasar unos días en España para comprobar la escasa información que se tiene de Hispanoamérica. Mucho menor de la que nuestros medios de comunicación transmiten de España. Además, las noticias más habituales han sido los golpes de estado y los terremotos. Aunque éstos nos aseguran todavía un espacio en la prensa española, la ola democratizadora de los últimos años nos condena cada vez más al olvido. Y junto a éste, la noticia deformada. Podría referirme a la supervivencia de muchos estereotipos en los periodistas que nos visitan, pero voy a limitarme a una anécdota personal relacionada con el difundido diario "El País" de Madrid. En la primera página aparecía una noticia sobre la ETA vasca, calificándola de movimiento "terrorista", y otra sobre el Sendero Luminoso peruano, calificándolo de movimiento "guerrillero". Yo sentí el deber de escribir una carta al director, que él tuvo la gentileza de publicar, recordándole que en el Perú sabíamos muy bien que el término guerrillero es mucho más suave que el de terrorista y que los métodos de Sendero son tan salvajes como los de la ETA. El V Centenario del encuentro de dos mundos exige que hablemos más y con mayor conocimiento de nosotros.

4) *Encuentro en nuestro patrimonio artístico.* Con ocasión del V Centenario, España ha querido actualizar una vieja práctica, contribuyendo a la restauración del patrimonio artístico hispanoamericano, no sólo de monumentos de cultura hispánica, sino también de los de culturas indígenas. Es una buena pauta a seguir. Necesitamos salvar nuestro patrimonio artístico, como elemento visible de nuestra identidad colectiva y como factor importante de socialización de las futuras generaciones.

5) *Encuentro de la clase dirigente.* Además de los crecientes encuentros en congresos a todos los niveles, parece necesario un espacio común para el mundo dirigente de la ciencia y de la tecnología. El mundo del futuro, cada vez más complejo y pluralista, exigirá la consolidación de grandes bloques con cierta consistencia propia. Los postgrados universitarios y los centros de investigación de alto nivel en el mundo iberoamericano están llamados, no sólo a cortar la transferencia a los países hegemónicos de muchos de nuestros profesionales mejor preparados, sino a asegurar una verdadera alternativa tecnológica. Y así podrían ponerse otros ejemplos, pero creo que éstos son suficientes.

Lima, mayo 1991